



## Los tres reinos de la Naturaleza (Fragmento)

Jacques Delille

Traducción de Andrés Bello

La ciudad por el campo dejé un día  
y recorriendo vagoroso el bello  
distrito que a la vista se me ofrece  
el prado cruzo y la montaña trepo;  
llevé por la espesura de la selva  
de mi libre vagar el rumbo incierto;  
del arroyuelo el tortüoso giro  
seguí; pasé el torrente; oí el estruendo  
de la cascada; contemplé la tierra,  
y osé curioso interrogar al cielo.  
El sol se puso y envolvió la noche  
la creación, mas por su triple imperio  
discurre aún la mente vagorosa.  
Descendió de los astros el silencio  
derramando en mi ser sabrosa calma;  
y de mil formas peregrinas veo  
el mágico prodigio todavía  
y aún no da tregua a la memoria el sueño.  
Pareciome mirar al Genio augusto  
de la naturaleza, entre severo  
y apacible el semblante, en luminosa  
ropa velados los divinos miembros.  
De sus siete matices Iris bella

bordole el manto; Urania el rubio pelo  
le coronó de estrellas; doce signos  
el cinto, le divisan; arma el fuego  
de Júpiter su diestra, y su mirada  
meteoros de luz esparce al viento.  
Bajo sus huellas brota el campo rosas;  
ábrese a su mandado mil veneros  
de cristalinas ondas; las fragantes  
alas Favonio agita; o silba el Euro  
acaudillando procelosas nubes,  
se inflama el aire, y ronco estalla el trueno.  
Puéblase el ancho suelo de vivientes  
y el hondo mar; en derredor el Tiempo  
con mano infatigable alza, derriba,  
cría, destruye; sus despojos yertos  
la tumba reanima; y da la Parca  
eterna juventud al universo.  
Cuanto le miro más, mayor parece:  
«¡Mortal!, me dice al fin, si hasta aquí fueron  
las formas exteriores que este globo  
muestra a la vista, a tu pincel sujeto  
a empresa superior la fantasía  
levanta ya; sus íntimos cimientos  
cala, y de su escondida arquitectura  
revela a los humanos los misterios;  
los primitivos elementos canta,  
su mutua lid, sus treguas y conciertos,  
Mide con huella audaz la escala inmensa  
que sube desde el polvo hasta el Eterno.  
Haz que en sus vetas el metal se cuaje;  
desarrolla la flor; somete al cetro  
del hombre el bruto; eleva a Dios el hombre.  
Yo a tu pintura infundiré mi aliento,  
y durará cuanto yo dure». Dijo;  
y a obedecerle voy; mas lejos, lejos  
de mí, sistemas vanos, parto espurio  
de la razón que demasiado tiempo  
tuvisteis en cadenas afrentosas,  
de sí mismo olvidado, el pensamiento.

Sobre apoyos aéreos erigido,  
obra de presuntuosa fantasía  
que desprecia el examen, un sistema  
hasta los cielos la cabeza empina,  
y de los hombres usurpando el culto  
reina siglos tal vez; mas no bien brilla  
la clara luz de un hecho inesperado,  
la hueca mole en humo se disipa.  
Los vórtices pasaron de Cartesio;  
pasaron las esferas cristalinas

de Ptolomeo; y con flamantes alas  
en torno al sol la grave tierra gira.  
De sus frágiles basas derrocados  
así también vendrán abajo un día  
tantos sueños famosos; como aquella  
estatua del monarca de la Asiria,  
que de oro, plata y bronce fabricada  
se sustentaba en flacos pies de arcilla;  
y desprendida de una cumbre apenas  
el tosco barro hirió menuda guija,  
se estremece el coloso, y desplomado  
cubre en torno la tierra de ruinas.  
Sigamos pues de la experiencia sola  
el seguro fanal; ella me dicta,  
yo escribo; a sus oráculos atento,  
celebro ya la luz; a la luz rinda  
su homenaje primero el canto mío,  
a la sutil esencia peregrina  
que los cuerpos fomenta, alumbra, cala;  
que el verde tallo de la planta anima,  
su pureza vital conserva al aire,  
llena el espacio inmenso en que caminan  
los mundos, y en su rápida carrera  
a la mirada del Eterno imita;  
fuente de la beldad, pincel del mundo,  
de la naturaleza espejo y vida.  
A la celeste bóveda mi vuelo  
dirige tú, Delambre, que combinas  
gusto y saber, y la elegancia amable  
con el severo cálculo maridas.  
Y pues Newton de su potente mano  
a la tuya pasó no menos digna  
las riendas de los Orbes luminosos;  
tiende a tu admirador la diestra amiga;  
subir me da sobre tu carro alado,  
y la hueste de esferas infinita,  
que en raudo curso surcan golfos de oro,  
o equilibradas penden de sí mismas,  
veré contigo, y su diurna vuelta,  
y su anuo giro, y de qué ley regidas,  
ora se buscan con amantes ansias,  
ora el consorcio apetecido esquivan.  
No te conduce allá la gloria sólo  
de interpretar ocultas maravillas,  
ni en la región te engolfas de la duda,  
en que sistemas con sistemas lidian;  
mas del Gran Ser la soberana idea,  
y el pacto eterno exploras que armoniza  
ese de luz imperio portentoso  
donde al orden común todo conspira;

donde el cometa mismo, que la roja  
melena desgreñando, pone grima,  
guarda en su vasta fuga el señalado  
rumbo, y el patrio hogar jamás olvida.  
Pura es allí de la beldad la fuente,  
cuyo ideal modelo te cautiva;  
mas ¡ah! que en esos rutilantes orbes  
do el ángel de la luz con ojos mira  
de piedad este cieno que habitamos,  
do te ofrece un abismo cada línea,  
cada astro un punto, y cada punto un mundo,  
no es posible, Delambre, que te siga.  
En pos de objetos, que a Virgilio mismo  
dieron pavor, no vuelo ya. Campiñas  
y prados y boscajes me enamoran;  
ellas, como al mantuano, me convidan;  
a gozar voy su asilo venturoso;  
y mientras tú con alas atrevidas  
corres tu reino etéreo, y pides cuenta  
de su prestado resplandor a Cintia,  
o del soberbio carro del Tonante  
contemplas la lumbrosa comitiva,  
te veré yo desde mi fuente amada  
en los astros dejar tu fama escrita,  
y menos animoso, a cantar sólo  
la bella luz acordaré mi lira.

A cada ser su colorida ropa  
viste la luz; si toda le penetra,  
oscuro luto; si refleja toda,  
pura le cubre y cándida librea.  
Rompe también a veces y divide  
su trama de oro en separadas hebras,  
y reflejada en parte, en parte al seno  
osando descender de la materia,  
visos le da y matices diferentes.  
Mas otras veces rápida atraviesa  
el interior tejido; y lo más duro,  
variamente doblada, trasparente.  
Ora a la superficie en que resurte,  
con ángulos iguales busca y deja;  
ora a diverso medio trasmitada,  
según es denso, así los rayos quiebra.

Antes que de Newton el alto ingenio  
de la luz los prodigios descubriera,  
mostrose siempre en haces concentrada.  
Él descogió la espléndida madeja  
y de la magia de su prisma armado  
del iris desplegó la cinta etérea.

Mas a las maravillas de tu prisma  
precedió, inglés profundo, la ampolluela  
de jabón, con que el niño sin saberlo  
desenvolviendo los colores, juega.  
Lo que inocente pasatiempo al niño,  
fue a ti lección; así naturaleza  
fía al atento estudio sus arcanos,  
o un acaso felice los revela,

De los siete colores la familia,  
si toda se reúne, el brillo engendra  
de la radiante luz; y si con varia  
asociación sus varios tintes mezcla,  
ya del metal el esplendor produce,  
ya el oro de la mies que el viento ondea,  
ya los matices que a la flor adornan,  
ya los celajes que la nube ostenta,  
y de los campos el verdor alegre,  
y el velo azul de la celeste esfera;  
su púrpura el racimo, y su vistosa  
cuna de nácar le debió la perla.  
¿Y quién los dones de la luz no sabe?  
Triste la planta y lánguida sin ella  
niega a la flor colores, niega al fruto  
dulce sabor, y adonde alcanza a verla,  
allá los ojos y los tiernos ramos  
descolorida tiende y macilenta.  
¿Ves de enfermiza palidez cubrirse  
la endibia en honda estancia prisionera?  
¿Ves en la zona do a torrentes de oro  
derrama el sol su luz, cuál hermosea  
florida pompa el oloroso bosque?  
Empapadas allí de blanda esencia  
bate las alas céfiro lascivo,  
dorada pluma el avecilla peina,  
abril florece sin cultura eterno,  
y toda es vida y júbilo la selva;  
mientras del norte la región sombría  
de funeral horror yace cubierta.  
¿Pero qué digo? allá en el norte helado  
es do mejor sus maravillas muestra  
la bella luz; brillantes meteoros  
el largo imperio de la noche alegran,  
y la atezada oscuridad en llamas  
rompe de celestial magnificencia,  
con quien el alba misma no compite  
en el clima feliz que la despierta.  
Ora la lumbre boreal el aire  
cautiva tiene en tenebrosa niebla,  
ora le da salida y la derrama

en fúlgidas vislumbres; ora vuela  
en rayos dividida, ora se tiende  
en ancha zona; aquí relampaguea  
bruñida plata; allá con el zafiro  
el amatiste y el topacio alternan  
y del rubí la ensangrentada llama;  
ya un alterado piélagos semeja  
que de furiosa ráfaga al embate  
montes lanza de fuego a las estrellas;  
ya estandartes tremola luminosos;  
bóvedas alza; en carros de oro rueda;  
columnas finge; o risco sobre risco,  
fábrica de gigantes, aglomera;  
y hace el horror de la estación sombría  
de maravillas variada escena.

Creyolas la ignorancia largo tiempo  
ígneas exhalaciones que en la densa  
nieve del septentrión reverberadas,  
a las naciones presagiaban guerra,  
iras, tumulto, y vacilar hacían  
del tirano en la frente la diadema.  
Otros el polo helado imaginaron  
ver envuelto en el limbo de la inmensa  
atmósfera solar, cuyos reflejos  
denso el aire o sutil rechaza, alberga,  
difunde en modos varios o acumula,  
y su luz tiñe, y formas mil le presta.

Refieren los poetas (de natura  
elegantes intérpretes) que Jove  
a dos bellas hermanas hizo reinas,  
una del rico oriente, otra del norte.  
La Boreal Aurora cierto día  
(añaden) viendo que su hermana el goce  
de la divinidad obtiene sola  
y el incienso le usurpa de los hombres,  
al Sol su padre va a quejarse, y mientras  
que de sus ojos tierno llanto corre:  
«¡Oh eterno rey del día! ¡oh padre!, exclama,  
¿hasta cuándo será que me deshonren  
los que hija de la tierra me apellidan  
y parto vil de frígidos vapores?  
¿Hasta cuándo querrás que oprobio tanto  
infame tu linaje? El manto rompe  
de púrpura que visto, y de mis galas  
la inútil pompa en luto se trasforme,  
arranca de mis sienes la corona,  
si por hija ¡ay de mí! me desconoces.  
¡Oh cuánto es más feliz la hermana mía!

La hospeda el cielo, y la bendice el orbe,  
conságranle sus cánticos tus musas,  
y en blando coro la saluda el bosque.  
¿Y a qué beldad honores tales debe?  
¿Por qué la adora el mundo, y de mi nombre  
se acuerda apenas? ¿Vale tanto acaso  
el falso lustre de caducas flores  
que a un leve soplo el ábrego deshoja?  
Siempre descoloridos arreboles  
la ven nacer, y de abalorios vanos  
las trenzas orna que a tu luz descoge.  
Mas yo de oro y de púrpura y diamantes  
recamo el cielo; yo a la parda noche  
hago dejar sus lúgubres capuces  
y alas de luz vestir; por mí depone  
su sobrecejo la arrugada bruma;  
por mí Naturaleza, en medio el torpe  
letargo del invierno, abre los ojos  
y tu brillante imperio reconoce.  
Mi hermana, dicen, a servirte atenta  
madruga cada día, y tus veloces  
caballos unce, y a la tierra el velo  
de la tiniebla fúnebre descorre.  
Sí, sábelo el Olimpo, que dejando  
la cama de Titón, va con el joven  
Céfalo a solazarse, y no se cura  
de que a la tarda luz el mundo invoque.  
¿Por qué, pues, ha de ser la hermana mía  
única en tu cariño y tus favores?  
¿Por qué, si hija soy tuya, no me es dado  
beber contigo el néctar de los dioses?»  
«Cese tu duelo, cese, ¡oh sangre mía!  
tus lágrimas enjuga (el Sol responde);  
yo vengaré tu largo vituperio.  
Un mortal he elegido que pregone  
la alteza de tu cuna, y a su cargo  
con noble empeño tu defensa tome.  
El diga tu linaje; y las estrellas,  
cual hija de su rey, de hoy más te adoren».  
Dice; ella parte; el rey del cielo un rayo  
de su frente inmortal desprende entonces  
(de aquellos con que a espíritus felices  
de estro divino inflama, y lleva a donde  
los haces de tus obras confidentes,  
naturaleza, y tus arcanos oyen);  
el nombre en él grabó de su hija amada  
y la estirpe y las gracias; y lanzóle  
al ilustre Mairán; el dardo vuela,  
hiérole; y ya inspirado los blasones  
de la hiperbórea diosa canta el sabio.

La Aurora de los climas de Bootes,  
como la del oriente, es ensalzada,  
y adoradores tiene, imperio y corte.

Así cantaron las divinas musas.  
Otros la vasta atmósfera suponen  
de eléctricos principios agitada,  
que en intestina lid hierven discordes,  
y el cielo hinchando de tumulto y guerra  
alzan sobre el atónito horizonte  
lúcidos meteoros; mas, en medio  
de encontradas hipótesis, esconde  
su lumbre la verdad, y el juicio ignora  
donde la planta mal segura apoye.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

